

El emperador de Alemania, Federico III, interpuso su mediación; logró del rey de Francia y de los príncipes de Italia que enviasen sus embajadores á Florencia para hallar medios de acomodo y conciliación. Lorenzo de Médicis negoció la paz, que fué concluida en 1480, y Sixto IV, para hacer servir, siquiera contra los infieles, una lucha que peligró renovar en la Iglesia los horrores del cisma, impuso á la república de Florencia la condición de equipar quince navíos de guerra contra los Turcos.

9. La muerte de Mahometo II habia librado á la Italia del mayor peligro en que se vió jamás. Las diversas repúblicas estaban pacificadas, y Sixto IV construyó en Roma la iglesia de la Paz, para perpetuar el recuerdo de estos acontecimientos. Mas por desgracia no tardaron en renacer las facciones. El espíritu de discordia esparcía por todos los Estados de la Península su gérmen destructor, desde que en provecho de algunas familias poderosas se habian creado en las diferentes ciudades muchedumbre de soberanías particulares. Esta situación puso á la Santa Sede en la necesidad de reconstituir la unidad del poder sofocando las tiranías de los señores. Tal será en adelante la política de los soberanos pontífices. Sixto IV la inauguró con una firmeza digna de su carácter, y murió el 13 de agosto de 1484, despues de un trabajoso reinado.

10. Luis XI le habia precedido, pues murió el 30 de agosto de 1482. La cercanía de la muerte habia despertado en el alma del monarca grandes terrores, y en efecto tenia por qué temer el juicio de Dios mas que ningun otro. Las imágenes de plomo de la santísima Virgen y de santos que llevaba en su sombrero, las numerosas ofrendas que hacia á los santuarios, y otras muchas precauciones no le tranquilizaban bastante. En esta época vivia en Italia san Francisco de Paula, ilustre solitario de la Calabria, fundador de la nueva órden de los Mínimos. Los milagros que Dios se habia dignado obrar por su intercesión le habian hecho célebre. Hacia 1425 se habia retirado á una soledad muy áspera en los montes de su patria.

Muchos discípulos se agruparon bajo de su dirección y abrazaron la vida eremítica con todo su rigor. El pueblo les llamaba los *Ermitaños de san Francisco*; pero el humilde fundador quiso llevasen el nombre de *Mínimos*, para que se considerasen como tales. La regla era muy austera, con cuaresma rigurosa y perpetua. La perfección con el tiempo y compuso otra para las monjas de su instituto, y en fin una para la *tercera órden*. De tan grande hombre quiso ser asistido Luis XI en su lecho de muerte. Le envió embajadores rogándole viniese, y como pusiese obstáculos, el rey de Nápoles se lo suplicó tambien; y en fin el papa Sixto IV se lo mandó, con lo que partió inmediatamente para Plessis-lès-Tours, donde se hallaba el enfermo monarca. Su travesía por Italia y Francia era como un viaje triunfante: Luis XI envió al delfin para que le recibiese en Amboise; y el mismo rey, cuando estuvo ya en su presencia, se echó á sus piés, lloroso y conmovido. Francisco de Paula le exhortó á pensar mas en purificar su alma que en curar su cuerpo, ya extenuado y cadavérico. Luis XI siguió sus consejos, y poco despues murió implorando hasta el último suspiro la protección de María santísima, repitiendo muchas veces: « Santa María de Embrun, mi augusta Señora, ayúdame y socorredme. » San Francisco de Paula solicitó vanamente de sus sucesores Carlos VIII y Luis XII el permiso de regresar á la Calabria. Estos dos príncipes no consintieron jamás en privarse de las luces y socorros del santo, que murió el 2 de abril de 1508, en el monasterio de Plessis-lès-Tours, que habia fundado.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VIII (29 de agosto de 1484-25 de julio de 1492).

11. El cardenal de Melfi, Juan Bautista Cibo, noble genovés, fué elegido para suceder á Sixto IV, y tomó el nombre de Inocencio VIII. Antes de ser ordenado habia sido casado, y aun tenia dos hijos vivos al tiempo de su exaltación. Francisco Cibo, el mayor, casó con la hija de Lorenzo de Médicis y fué el tronco de los príncipes de Massa. El Oriente atrajo desde

luego las miradas de Inocencio VIII. La sucesion de Mahometo habia sumido el imperio otomano en luchas intestinas. De sus tres hijos, Mahometo habia mandado ahorcar á Mustafá, primogénito, envidioso de su gran nombradía y pericia militar. Los dos restantes hermanos, Bayaceto y Zizim, se disputaron con las armas y el mayor encarnizamiento la herencia paterna, por cuanto Mahometo nada habia declarado. Bayaceto fundaba su pretension en el derecho de primogenitura, el mas generalmente reconocido en Oriente. Zizim alegaba una antigua costumbre de los emperadores griegos que daba el trono al *Porfirogeneta*, con exclusion de los demás hermanos; y en efecto Zizim habia nacido despues de la conquista de Constantinopla. Pero venció en la guerra Bayaceto, y Zizim vencido se refugió á Rodas bajo la proteccion del gran maestre, Pedro de Aubusson. La persona de un pretendiente turco era posesion que en tiempo dado podia servir mucho para los intereses del mundo católico; así es que todos los príncipes cristianos se disputaban á porfía el honor de dar un asilo á Zizim, especialmente Matías Corvino, rey de Hungría, y los reyes de Nápoles y Sicilia. Pero prevalecieron los consejos de Carlos VIII, que opinaba se encargase de ello Inocencio VIII, por el crédito y confianza de que disfrutaba para con todos la Santa Sede. En su consecuencia Zizim partió para Roma, y cuando se presentó ante el soberano pontífice apoyó sus labios en el hombro derecho del papa. Bayaceto no veia sin zozobra la acogida tan significativa de su hermano por los príncipes cristianos. Por lo demás Zizim, en el honroso cautiverio que se le habia hecho, se portó con mucha nobleza é hidalguía, haciéndose muy digno de los miramientos que se tenian con él.

12. Se presentó entonces una ocasion favorable para los príncipes europeos. Si entonces se hubiesen unido con el mismo objeto, si revolviendo contra el enemigo comun las armas que empleaban en destruirse, hubiesen anunciado al mundo la resolucion de restablecer á Zizim en su trono, era casi inevitable la caída del imperio otomano. Y así lo entendió Inocencio VIII, y con este objeto mandó equipar una flota de

sesenta galeras y guarnecer con tropas las ciudades de la Marca de Ancona. Escribió al rey de Nápoles y á las otras potencias de Italia para ponerse en estado de rechazar las tentativas de Bayaceto. Este príncipe trató de invadir la Sicilia en el año siguiente; pero las fuerzas combinadas de las tropas españolas y napolitanas le rechazaron haciéndole perder mucha gente. Este fué el solo resultado del pensamiento de Inocencio VIII, quien hubiera querido tomar la ofensiva. Andrés Paleólogo, sobrino del último emperador de Constantinopla, fugitivo como Zizim en Europa, habia vendido al rey de Francia, Carlos VIII, sus derechos al imperio griego. El papa esperó que esta circunstancia facilitaria la expedicion de Oriente. Pero muy pronto absorbieron otros proyectos toda la atencion del monarca francés.

13. Fernando I, rey de Nápoles, á quien habia concedido Sixto IV la investidura de sus Estados, no tardó en mostrarse tan ingrato á la Santa Sede como cruel con sus vasallos. Huyendo todas las leyes, habia hecho morir por simples sospechas en medio de un banquete suntuoso al conde de Sarno y á todos los señores que creia hostiles á su dominacion. El pueblo napolitano se sublevó y rogó al papa, en calidad de soberano, castigase en su vasallo crímenes tan horribles. Inocencio VIII no podia desoir las quejas de la inocencia oprimida; y levantó un ejército al mando de Roberto de San Severino. Espantado de estos preparativos, Fernando apaciguó á los señores del reino y ofreció someterse á Inocencio VIII á discrecion. Se concertó la paz, y el rey de Nápoles se obligó á pagar fielmente al papa el tributo de ocho mil onzas de oro y el de la *hacanea*. Mas estas promesas, arrancadas por el temor, fueron pronto quebrantadas por Fernando. Continuó su sistema de opresion contra los señores napolitanos, se negó á pagar al papa el tributo anual, y respondió con insolencia á los legados apostólicos que quisieron recordarle la observancia de los tratados. Inocencio se armó entonces de todos los rayos de la Iglesia; pronunció contra Fernando sentencia de excomunion, le declaró privado de su reino y dió su investidura á Car-

los VIII, rey de Francia, que pretendia tener derecho legítimo, como heredero de la casa de Anjou.

14. La cruzada, continuada durante ochocientos años contra los Moros de España [y de toda el África], acababa de concluirse con la toma de Granada, que puso fin á la dominacion de los Musulmanes en 1492. Fernando V el Católico, por su casamiento con Isabel la Católica, habia reunido bajo su cetro los reinos de Castilla, Aragon [Navarra y Cantabria]; pero sin confundirlos, porque los dos esposos gobernaban [en un principio] cada uno su reino: por lo cual se les llamaba los *reyes católicos*. Por rara ventura, ó por decir mejor, gracias al talento particular de los grandes príncipes, que saben discernir el mérito y recompensarlo, vieron en su corte y contaron como sus vasallos á Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan; al inmortal Cristóbal Colon, cuyo genio descubrió al Nuevo Mundo; á Hernan Cortés, el conquistador de Méjico; á Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesús, y al cardenal Ximenez de Cisneros, de quien ha dicho Leibnitz: que « si los grandes hombres pudieran comprarse, la España no » hubiera pagado cara, con el sacrificio de uno de sus reinos, » la dicha de tener un ministro semejante. » Despues de un sitio de ocho meses, Boabdil, último heredero de la familia de los Abencerrajes, entregó la ciudad de Granada en manos de Gonzalo de Córdoba. Fernando V é Isabel entraron en ella el dia de la Epifanía de 1492, y desde entonces tomaron el título de reyes de España. Estaban vencidos los Moros como potencia, mas no como religion; y el culto de Mahoma seguia secretamente en las comarcas donde por ocho siglos consecutivos habia reinado la Media Luna. Los Judíos, aliados naturales de todos los enemigos del nombre cristiano, animaban secretamente la resistencia musulmana, y mantenian en el seno mismo de la nacion española un foco permanente de rebeldía y anarquía. Fernando V é Isabel conocieron la necesidad de asentar su autoridad sobre cimientos incontrastables; porque cuanto mas enérgico es un poder, tanto mejor gobierna y da la tranquilidad tan necesaria á los Estados. Concibieron entonces el

proyecto de establecer en España un tribunal real de inquisicion, con el objeto de asegurar la fe, la union, tranquilidad y felicidad pública de sus dominios. Hasta entonces la inquisicion habia sido un tribunal puramente eclesiástico que solo conocia de las culpas espirituales, y entregaba los reos al brazo secular. La institucion de la inquisicion española perdió este carácter [y en el pensamiento de los Reyes Católicos fué de carácter mixto]. Esto es tan cierto que Sixto IV, espantado de ver establecerse un tribunal tan temible, en 1479, rehusó desde luego su aprobacion; porque temia no recayese en odio de la Iglesia lo que tenia de odioso. Fernando V declaró formalmente que su intencion era establecer un tribunal de justicia real, totalmente extraño á la jurisdiccion espiritual; que así lo exigian las imperiosas necesidades de la España [donde los Judíos y Moriscos conversos profesaban en secreto y propagaban por medio de asociaciones clandestinas la herejía, la infidelidad, la rebelion y la anarquía]; que aun cuando dirigido por eclesiásticos, este tribunal era verdadera institucion real necesaria para la seguridad de la corona. Con estas condiciones accedieron Sixto IV é Inocencio VIII en confirmar el nombramiento de Torquemada á la dignidad de inquisidor general. [No hay calumnia con que el protestantismo y el filosofismo no hayan tratado de denigrar la conducta de este hombre eminente, cuyo gran crimen era desear la unidad de la fe y religion en el reino, la conversion de los Judíos y Mahometanos, y la pureza de doctrina y costumbres, todo muy deteriorado con la larga serie de combates, guerras y desórdenes consiguientes desde hacia ocho siglos. El modo de proceder garantizaba á la inocencia, y de seguro acertaba con el verdadero reo: la penalidad no era nueva, sino la usada desde hacia muchos siglos]. Por lo demás, la historia de la inquisicion de España en nada se enlaza con la de la Iglesia; fué una magistratura dependiente de los reyes; y aun, políticamente hablando, muy justificable. Bástenos citar una frase del conde de Maistre: « Si en tiempo de Lutero hubiera habido una inquisicion en Alemania, y este fraile apóstata hubiera muerto en

» las llamas de un *Auto de fe*, ¡ cuántos millones y millones » de víctimas inocentes no se hubieran salvado! »

15. En tanto que la victoria coronaba en España á las armas de los Reyes Católicos, Cristóbal Colon descubria las Américas, y Lutero nacia en una pobre aldea de Alemania. El protestantismo, esta inmensa herejía del mundo moderno, iba á ensangrentar muy pronto á toda Europa: estos dos nombres, estos dos hechos van á mudar los destinos del universo. Entretanto Inocencio VIII murió en Roma, el 25 de julio de 1492. En los últimos años de su pontificado brilló un prodigio de ciencia en la persona del famoso Pico de la Mirándola, el cual á la edad de veintifres años sostuvo en presencia de los doctores romanos la famosa tesis: *De omni re scibili et quibusdam aliis*. Esta tesis contenia novecientas proposiciones sacadas de los autores griegos, latinos, hebreos y caldeos. La escolástica de aquel tiempo ofrecia infinidad de *Lugares comunes teológicos, filosóficos, matemáticos y morales* que hacian posible esta *gimnástica* intelectual á un talento superior y á una memoria inaudita hasta entonces que hacia de este jóven la admiracion del mundo.

§ IV. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1503.)

16. En la oracion fúnebre de Inocencio VIII, pronunciada por el obispo Leonelli ante los cardenales, les decia: « Apre- » suraos á escogeros un sucesor al último pontífice, porque » Roma á cada hora del día y de la noche es teatro horrible » de asesinatos y robos. » — « Y en efecto, dice un autor con- » temporáneo, la ciudad pululaba por do quiera en malhecho- » res, bandidos, matones y hombres de mala cara y peores » hechos. » Los cardenales siguieron el consejo del orador, y al día siguiente de los funerales entraron en conclave. Los votos se dividieron entre los cardenales Ascanio Sforza y Rodrigo Borgia. El primero tenia en su favor el nombre y autoridad de su familia; el segundo [aunque no inferior en nobleza y autoridad de alcurnia] parecia, por su energía y vigor mas

propio para conjurar los peligros que amenazaban á la Iglesia. Fué pues elegido Borgia y tomó el nombre de Alejandro VI. Si la Silla apostólica hubiera sido un trono ordinario que solo exige habilidad, fineza de espíritu, liberalidad de carácter, grandes concepciones de plan y su debida ejecucion, energía y actividad en los negocios, Alejandro VI era muy digno de tan eminente puesto. Tenia en efecto lo que place en los príncipes: afabilidad, magnificencia, prestigio y gran brillo. Así es que su exaltacion fué acogida con el mayor entusiasmo por toda la poblacion de Roma. « Todos, dice Guichardin, » apreciaban la prudencia de Borgia, su rara perspicacia, su » penetracion; una elocuencia sublime, una increíble perseve- » rancia; teson, actividad, suma destreza en cuanto habia em- » prendido y tenia que emprender. » Pero estas cualidades de un hombre de Estado no bastan para un papa. La juventud de Alejandro VI [con razon ó sin ella, corria por haber sido borrascosa] y no correspondia á las dignidades con que se hallaba revestido: [como papa, su conducta fué la de un digno sucesor de la larga cadena de pontífices romanos], y guardó en toda su integridad el depósito de la fe y de la disciplina eclesiástica. [La historia se hace superior á los bajos dictérios de los novelistas, y de los escritores apasionados que se complacen en denigrar á cuantos se hallan en el poder.]

17. Toda Europa se hallaba á la sazón entusiasmada con la gran noticia del descubrimiento de un Nuevo Mundo por Cristóbal Colon. Este ilustre genovés habia logrado de los Reyes Católicos tres navíos, con los que en su primer viaje de 1492 descubrió las islas Lucayas. Este buen éxito le mereció las mayores honras de la corte de España, que le dió una poderosa flota, cuyo mandó tomó con título de almirante. Los Portugueses, cuya marina hasta entonces no habia tenido rival, se lanzaron con ardor por los caminos nuevamente descubiertos por el ingenio de Colon. Aportaron en el Brasil. Desde este momento se excitó gran rivalidad entre ambas potencias sobre quién descubriría nuevas tierras. Fernando V habia ya alcanzado del papa Alejandro VI la investidura de todas las